ZOPILOTES

Por Aimé Chávez Parcero



WenPhotos / Pixabay

Al principio parecía nada más una mancha en el cielo.

Violeta la vio una tarde, mientras cruzaba el camino seco y terroso que llevaba al pueblo. Pensó que era una hoja viajando en el viento o una nube que se había extraviado. No le dio importancia. Tenía cosas que hacer, pendientes que resolver y personas a las que escuchar. Así que siguió caminando, convencida de que algunas cosas podían esperar.

Al día siguiente, la mancha volvió.

Era un zopilote. Volaba con las alas extendidas, sostenido por corrientes de aire que Violeta no podía ver. No parecía esforzarse por permanecer en el cielo; simplemente estaba ahí, dando vueltas sobre el camino, como si conociera una ruta que ella todavía no había aprendido a recorrer.

—No es nada —se dijo.

Había aprendido a pronunciar aquellas palabras con demasiada facilidad. No era nada cuando algo le dolía, cuando extrañaba a alguien o cuando llegaba a casa con ganas de no hablar con nadie. No era nada cuando necesitaba ayuda, cuando se sentía perdida o cuando el cansancio comenzaba a pesarle incluso antes de levantarse de la cama. Había descubierto que, si repetía una mentira las suficientes veces, los demás terminaban por aceptarla como verdad. Lo que no había previsto era que ella también acabaría creyéndosela.

Durante los días siguientes, comenzó a encontrar más zopilotes. Uno sobre el tejado de la tienda, dos en los postes junto al río, tres en las ramas secas de un árbol. Nunca estaban exactamente en el mismo lugar, pero siempre parecían formar parte de su camino. Violeta empezó a buscarlos sin darse cuenta. Le inquietaba su presencia, quizá porque desde pequeña había escuchado que aquellas aves anunciaban desgracias,



que su aparición era una advertencia de que algo estaba por terminar.

Sin embargo, lo que más le molestaba era su paciencia. Mientras ella corría de una obligación a otra, los zopilotes parecían no tener ninguna prisa. Giraban lentamente sobre el pueblo, dejándose llevar por corrientes invisibles, como si supieran algo que los demás habían olvidado: que no todo movimiento significa avanzar y que detenerse no siempre es quedarse atrás.

Violeta pensó que le gustaría mirar el mundo desde aquella altura. Quizá, desde allá arriba, los problemas ocuparían menos espacio; las distancias parecerían más cortas y los caminos que tanto le costaba elegir se verían con mayor claridad. Porque últimamente su vida se había convertido en un sendero demasiado estrecho. Todo parecía exigirle algo: la escuela, su familia, sus amistades y hasta las expectativas que nadie le había pedido cumplir en voz alta. Siempre había alguien que necesitaba escucharla, una tarea pendiente o una responsabilidad que no podía abandonar.

Le gustaba pensar que era fuerte. Era la que encontraba soluciones, la que escuchaba sin juzgar y la que procuraba no convertirse en una preocupación para nadie. Pero nunca se había preguntado cuánto de aquella fortaleza nacía de la voluntad y cuánto del miedo a decepcionar a los demás. Había llenado tanto sus manos con las necesidades ajenas que ya no sabía cuánto espacio le quedaba para sostener las propias.

Me pregunto cuántas veces hacemos lo mismo. Cuántas veces respondemos que estamos bien para no incomodar, cuántas veces escondemos el cansancio detrás de una sonrisa y cuántas dejamos nuestras necesidades para después, como si ese después fuera un lugar al que pudiéramos llegar con la certeza de que todavía nos estarán esperando.

Nos acostumbramos tanto a ser quienes ayudan, quienes escuchan y quienes permanecen que olvidamos que también necesitamos un lugar donde poder derrumbarnos sin sentir que le estamos fallando a alguien.

Violeta no tenía respuestas. Así que, como hacía con tantas otras cosas, cambió de tema y siguió caminando.

Hasta que una tarde decidió escapar.

Cruzó el pueblo y se internó en el monte. No tenía un destino claro; solo quería alejarse losuficiente para que el cielo dejara de recordarle que algo la observaba. Caminó entre los árboles hasta que las piernas le pesaron como si llevara piedras atadas a los tobillos. Cuando levantó la vista, encontró un zopilote sobre una rama. Más adelante había otro. Y después, varios.

—¿Qué quieren de mí? —gritó.

Su voz se perdió entre las copas de los árboles.

Ninguno respondió.

Durante unos segundos deseó que lo hicieran. Habría preferido escuchar un graznido, verlos levantar el vuelo o encontrar alguna señal que le permitiera comprender por qué estaban ahí. Era más fácil temer a una amenaza que enfrentarse a una inquietud sin nombre. Más fácil luchar contra algo que pudiera señalar con el dedo que reconocer aquello que llevaba tanto tiempo evitando.

Violeta se sentó sobre una piedra. Por primera vez en mucho tiempo, no intentó levantarse de inmediato. Dejó que el cansancio estuviera ahí, sin justificarlo ni convertirlo en otra tarea que debía resolver.



Entonces comprendió que llevaba demasiado tiempo huyendo de cosas que no tenían patas ni garras. Había huido de conversaciones que necesitaba tener, de despedidas que nunca terminó de aceptar y de una tristeza que intentaba mantener encerrada como si el dolor obedeciera a las puertas. Había seguido caminando porque temía que, si se detenía, todo aquello que había conseguido mantener en orden se desmoronaría.

Pero ¿qué sucede cuando pasamos tanto tiempo intentando no rompernos que olvidamos cómo se siente estar en paz? ¿Cuándo la fortaleza deja de ser una elección y se convierte en una obligación? ¿Y si el verdadero peligro no fuera detenernos, sino continuar caminando sin saber siquiera por qué lo hacemos?

Al anochecer, encontró una cueva y se refugió en ella. Afuera, los zopilotes se acomodaron sobre las rocas. Violeta no podía verlos, pero sabía que estaban ahí. Pensó en la forma en que había intentado escapar de ellos y sintió vergüenza: había gastado sus fuerzas huyendo de unas aves que ni siquiera se habían acercado a ella.

Tal vez hay cosas de las que podemos alejarnos físicamente, pero que continúan acompañándonos. Podemos cambiar de lugar, llenar nuestros días de compromisos y rodearnos de personas; aun así, algunas preguntas encuentran la manera de regresar. No porque pretendan castigarnos, sino porque hay partes de nosotras que siguen esperando ser escuchadas.

A la mañana siguiente, Violeta salió de la cueva. El cielo comenzaba a aclararse y uno de los zopilotes extendió las alas, dejándose llevar por el viento hasta desaparecer
detrás de una loma. Los demás permanecieron inmóviles.

Violeta los observó sin apartar la mirada.
Por primera vez, no intentó descubrir qué significaban. Se permitió pensar que quizá eran solamente aves, viviendo de lo que el mundo dejaba atrás. No habían venido a perseguirla ni a anunciarle una desgracia. Era ella quien había convertido su presencia en una amenaza porque necesitaba encontrar una explicación para aquello que sentía.

Y entonces pensó en la muerte, no necesariamente la del cuerpo, sino en esas pequeñas muertes que también forman parte de la vida: la de una amistad que cambia, la de una etapa que termina, la de una versión de nosotras mismas que ya no sabemos cómo recuperar. Nos cuesta aceptar que algo ha terminado porque creemos que hacerlo significa dejar de quererlo. Como si seguir adelante fuera una traición a lo que alguna vez nos hizo felices.

Violeta emprendió el regreso al pueblo. Los zopilotes alzaron el vuelo y
comenzaron a girar sobre el monte. El camino seguía siendo irregular, el sol continuaba cayendo sobre la tierra y las piedras permanecían en el mismo lugar. Nada había cambiado realmente. Ella seguía cansada y todavía tenía preguntas sin respuesta.

Pero ya no sentía la misma urgencia de escapar.





Al llegar a casa, abrió la puerta de su habitación, que llevaba meses cerrada. El polvo flotaba en la luz que entraba por la ventana y los objetos seguían exactamente donde los había dejado. Violeta no intentó ordenar todo de inmediato ni obligarse a comprender cada recuerdo. Simplemente abrió la ventana y dejó entrar el aire.

Después se sentó junto a ella y lloró

Lloró por las cosas que había perdido, por las palabras que nunca se atrevió a pronunciar y por todas las veces que se exigió continuar cuando lo único que necesitaba era descansar. Por primera vez, no se apresuró a secarse las lágrimas ni buscó una explicación que hiciera
que su tristeza pareciera razonable. .

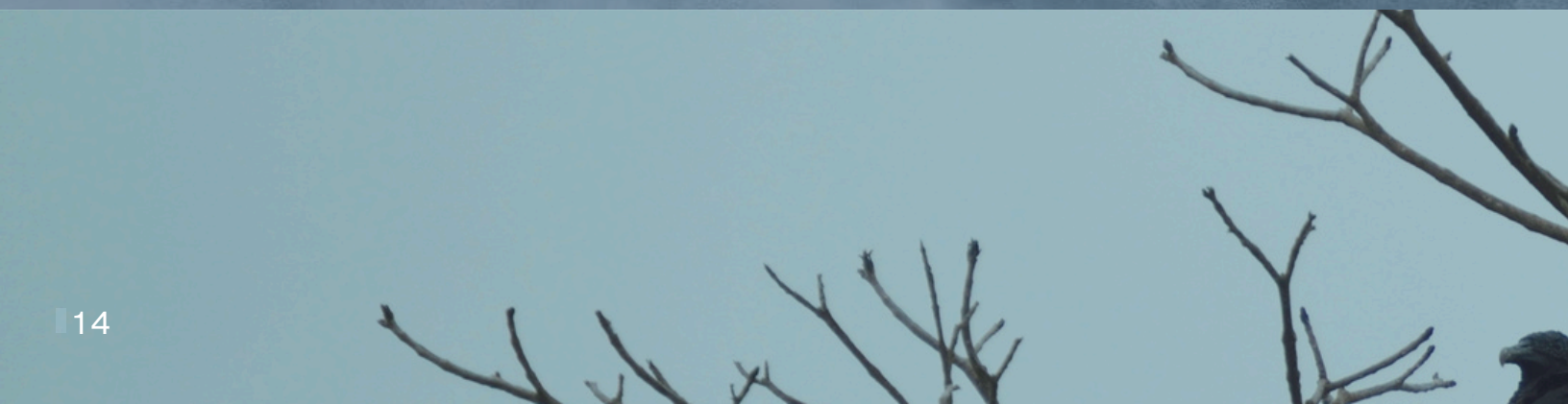
Afuera, un zopilote descansaba sobre los cables.

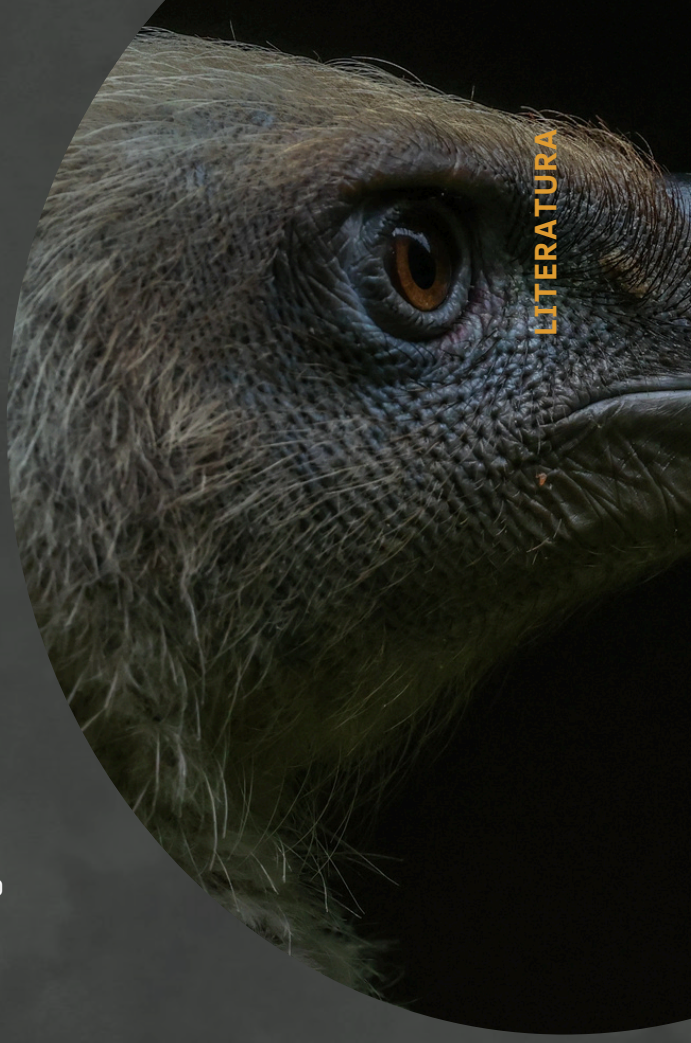
Violeta lo observó durante un rato. Ya no le parecía un presagio ni una advertencia. Era una figura oscura contra la inmensidad del cielo, una presencia que no le exigía nada y que podía marcharse en cualquier momento sin que eso significara algo sobre ella.

Quizá había pasado demasiado tiempo buscando mensajes en todo lo que la rodeaba, cuando lo que necesitaba era aprender a escucharse. No todo lo que sucede es una señal, no cada pérdida esconde una lección y no todas las heridas llegan para enseñarnos algo. A veces, las cosas simplemente ocurren y nos corresponde encontrar la manera de seguir viviendo después de ellas.

Los zopilotes continuaron volando sobre el pueblo. Violeta no sabía adónde iban ni cuánto tiempo permanecerían allí. Ya no necesitaba saberlo.

Había comprendido que no tenía que resolverlo todo aquella mañana, que podía estar cansada sin sentirse débil y que pedir ayuda no significaba haber fracasado. Todavía habría días difíciles, recuerdos que regresarían sin avisar y caminos que no sabría cómo recorrer. Pero ya no quería pasar la vida huyendo de cada sombra que se pareciera a sus propias heridas.





Porque quizá crecer consiste también en aprender a mirar aquello que nos asusta sin permitir que decida por nosotras. En aceptar que algunas cosas terminan, que otras cambian y que nosotras también tenemos derecho a hacerlo. En entender que sobrevivir no siempre significa resistir un poco más; a veces significa reconocer que llevamos demasiado tiempo resistiendo y permitirnos, por fin, descansar.

Los zopilotes siguen ahí. No la llaman, no la esperan ni conocen su nombre.

Solo están.

Y Violeta, por primera vez en mucho tiempo, comienza a permitirse estar también. Al final de esta historia confesaré que siempre fui Violeta. Que detrás de cada uno de sus miedos, de sus silencios y de ese cansancio que intentaba ocultar, siempre estuve yo.

Y me iré con lo siguiente: quizá todos somos Violeta en algún momento de nuestras vidas. Todos hemos sentido que debemos seguir adelante, incluso cuando el cuerpo nos suplica detenernos. Hemos aprendido a exigirnos tanto que el descanso comienza a parecernos un privilegio que debemos ganarnos, en lugar de una necesidad que merecemos atender.

Pero ¿en qué momento nos convencimos de que para descansar primero debemos sufrir? ¿Por qué necesitamos llegar al límite para permitirnos detenernos? ¿Desde cuándo el cansancio se convirtió en la única justificación válida para hacer una pausa?

Quizá los zopilotes nunca estuvieron esperando nuestra caída. Quizá solo éramos nosotros, observándonos con tanta dureza que terminamos confundiendo el descanso con la derrota.

Porque no hace falta estar al borde del abismo para merecer un respiro.

